

Retirado de la azotea el maltrecho monarca, fué conducido á su cámara. La herida en verdad no era grave y la postracion del rey no dimanaba de los dolores físicos, sino de los sufrimientos morales. Por supersticioso y cobarde se había entregado á los hijos de Quetzalcoatl, sacrificándoles su dignidad y hasta su honra. El tiempo, los acontecimientos, la intimidación con los hombres blancos y barbudos, hicieron disipar la ilusión; los teules eran simplemente hombres, que le pagaban su amistad y sus favores con desprecios y afrentas. Quedábale el respeto de sus súbditos, que acababa de desvanecerse en aquel trance. De la encumbrada posición de emperador absoluto, de sumo sacerdote, de dios, bajaba hasta la condición de un triste prisionero, escarnecido por sus carceleros, befofo é injuriado por el pueblo que sacudía su autoridad, depuesto de su trono, maltratado y herido por la plebe delante de nobles, sacerdotes y guerreros. Con razón arrancaba despechado, según dicen, los vendajes que á las heridas le ponían, y taciturno y ensimismado se negaba á tomar alimento ó recibir consuelo. Algun autor español pinta á Cortés solícito y cuidadoso á la cabecera del enfermo, recibiendo de sus labios confidencias y encargos acerca de su familia. (1) Nada autoriza semejante invención. D. Hernando no tenía tiempo libre con los cuidados de la guerra, y por el testimonio de los testigos presenciales consta, que al tornar á México rompió del todo su aparente amistad, mostrándose desagradecido, descortés y aún enemigo del cautivo rey. (2) El desdichado pasaba su lenta y angus-

por tenerle cubierto los rodaderos. Entónces ¿cómo pudo hablarles?—Oviedo, Hist. general lib. XXXIII, cap. XIII.—Según Juan Cano contó á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV; “Motezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera si delante del no se pusiera un rodadero, porque como le vieran, ninguno tirara.” Esta relación contradice el mismo Oviedo, lib. XXXIII cap. XLVII, siguiendo la autoridad de Pedro de Alvarado con quien habló.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. LXX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. &

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. LXX.

(2) A lo que acabamos de estampar se nos puede oponer el documento intitulado, “Privilegio de Doña Isabel Motezuma, hija del gran Motezuma, último rey indio del gran reino y ciudad de México, que bautizada y siendo cristiana casó con Alonso de Grado, natural de la villa de Alcántara, hidalgo y criado de S. M. que había servido y servía en muchos oficios en aquel reino.”—Esta concesión del pueblo de Tacuba con algunos otros lugares, por vía de dote, fué otorgada por D. Hernando en

tiosa enfermedad confinado en su lecho, atendido por algunos de su familia y los pocos servidores que le quedaron después de la catástrofe.

El funesto incidente no fué parte á contener la batalla; los asaltos duraron cuanto el día. (1) Al decir de D. Hernando, algunos nobles se acercaron pidiendo hablarle; salió al pretil y se entabló plática: “rogándoles que no peleasen conmigo, pues ninguna razón para ello tenían, é que mirasen las buenas obras que de mí habían recibido, y como habían sido muy bien tratados de mí. La respuesta suya era que me fuese, y que les dejase la tierra, y que luego dejarían la guerra; y que de otra manera que creyese que habían de morir todos, ó dar fin de nosotros. Lo cual, según pareció, hacían porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar á su placer al salir de la ciudad, entre las puentes. É yo les respondí, que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenía, sino porque me pesaba del daño que les hacía, y les había de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella: é todavía respondían, que no cesarían de me dar guerra hasta que saltase de la ciudad.” (2)

27 días de Junio 1526 (aniversario por cierto de la herida del monarca); en ella entre otras cosas se lee, que el herido monarca le hizo llamar para recordarle cuán bien había servido á la causa de los castellanos, “y que si él de aquella herida fallecía, que me rogaba y encargaba muy afectuosamente, que habiendo respeto á lo mucho que me quería y deseaba complacer, tuviese por bien de tomar á cargo tres hijos suyos que tenía, y que las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocía que era muy buena; á las cuales después que yo gané esta dicha ciudad, hice luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legítima heredera, Doña Isabel, y las otras dos Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar muy ahincadamente, que si él muriese, que mirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba, y que partiése con ellas de lo que tenía, porque no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que ésta quería él mucho.” &c. (Véase Prescott, tom. 2, pág. 467 y sig.)—El Sr. D. José Fernando Ramírez, en su luminosa disertación, Bautismo de Moteuhzoma II, tom. 10, del Boletín de la Soc. de Geogr. y Estad. pág. 357 y sig. tie

(1) Prescott, tom. 2, pág. 15, dice, que aterrados los mexicanos por el sacrilegio cometido, se pusieron á huir en todas direcciones. Hay pruebas de lo contrario.

(2) Cartas de Relac. pág. 136—37. Se infiere de las palabras de Cortés, que quienes demandaban la paz eran los castellanos. Así lo dice expresamente Bernal Díaz, cap. CXXVI.—“Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de México.”

El juéves 28 de Junio, terminados los ingenios, llamados en términos de la milicia antigua, *testugines* ó *tortugas*, fueron empujados fuera del cuartel y sacados en direccion de la calle de Tlacopan. Infiérese de las operaciones de Cortés, que su principal intento consistía en allanar una de las salidas de la ciudad para ponerse en comunicacion con la tierra firme. El rumbo más natural para dirigirse á Tlaxcalla era el de la calzada del Norte; pero por ahí había que atravesar una parte de Tenochtitlan y el Tlatelolco, lo cual ofrecía sérias dificultades, por la calle de Itztapalapan, los obstáculos eran tambien muchos y ademas era preciso atravesar una gran distancia en el lago por sobre las calzadas llenas de cortaduras. Quedaba como más practicable la calle de Tlacopan, pues la ciudad por ahí era estrecha y la calzada era la menor entre todas, dando pronto acceso á la tierra firme. Las máquinas, llenas de sus defensores, iban seguidas de cuatro cañones, de buena suma de escopeteros y ballesteros y más de tres mil de los aliados tlaxcalteca. Siguieron su camino las tortugas, poniendo no pequeña admiracion en los indios, quienes por primera vez las veían, hasta llegar á una fuente defendida por fuertes edificios; arimáronlas á los muros pa-

ne demostrado que los considerandos de esta merced de tierras son enteramente falsos, y una de tantas ficciones de Cortés para el logro de sus fines. Y escribe á la pág. 374: "¿Mas cuál, se preguntará, podía ser su interés en esta ficcion? La respuesta no es difícil. La han adelantado con numerosas ampliaciones y ejemplos todos los testigos examinados en el proceso de su redidencia, respondiendo al primero de los capítulos secretos. Bernal Díaz mismo nos ministra datos bien claros.—Alonso de Grado se había manifestado muy desafecto á Cortés, hasta el grado de hacer sospechosa su fidelidad, por lo que fué destituido del mando militar de Veracruz y reducido á estrecha prision"—"mas como era muy plático y hombre de muchos medios, "hizo grandes ofrecimientos á Cortés, que le era muy servidor y luego le soltó, y aun desde allí adelante se le vió que *siempre privaba con él.....y con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con Doña Isabel, hija de Montezuma,*" (B. Díaz, cap. 97 y 205.)—Ademas, al tiempo del matrimonio era *Visitador general de indios*, empleo en que podía ser muy útil á su favorecedor para dar ó no quitar.—En cuanto á la desgraciada huerfana.....baste recordar que los contemporáneos la enumeraban entre las personas que formaban el numeroso serrallo del conquistador; que éste se mostró siempre bastante generoso para obsequiar á sus compañeros de armas con sus desperdicios y ellos suficientemente dóciles para aceptarlos con agradecimiento.—Una dote más ó ménos rica limpiaba la mancha, y para darla tan cuantiosa á Doña Isabel y hacerla confirmar por el rey, era indispensable el romance que sirve de fundamento á la merced.—Esta deducccion parecerá acerba; mas no dan otros los monumentos históricos."

ra abrir brechas, y pusieron las escalas prevenidas para asaltar las azoteas. Acudieron á la defensa los méxica con su acostumbrada bizarría, cargando en tanto número que rechazaron á los asaltantes, cerrando luego contra escopeteros, ballesteros y aliados, adivinando la manera de combatir los testugines, tantas piedras pesadas desde las azoteas les arrojaron encima, que lograron al cabo desbaratarlas, hiriendo y matando á los defensores que al descubierto quedaron. Tan porfiada fué la resistencia que "sin les poder ganar un paso, aunque puñábamos mucho por ello, porque peleamos desde la mañana hasta el medio día, que nos volvimos con harta tristeza á la "fortaleza." (1) Durante el ataque, se puso en práctica incendiar los edificios, con objeto de quitar á los defensores aquellos lugares altos en que abrigarse; mas aquel día el efecto fué poco, porque siendo las casas de materiales fuertes y estando separadas por los canales ó acequias, tardaban mucho en consumirse y no se propagaba el fuego de una á otra. (2)

Perseguidos los castellanos en la retirada, los méxica llegaron hasta las puertas del cuartel, y si no lograron penetrar al interior, pudieron al ménos derribar una parte de los muros, con daño de los sitiados. Durante aquellos reencuentros, se veía á los capitanes en las primeras filas, animando á los guerreros, distinguiéndose entre todos uno muy galan á quien todos obedecían; Cortés mandó á Marina fuése á preguntar á Motecuhzoma, quién era el apuesto general, á lo cual respondió el monarca, haber reconocido á Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, á quien seguía un señor de Texcoco. (3) Los guerreros azteca iban modificando su táctica, segun les aconsejaba la experiencia: defendíanse de la artillería arimándose á las paredes de las calles, tirándose al suelo al ver poner fuego al cañon ó con otros artificios; en las acometidas de la caballería en las calles, los perseguidos se arrojaban á los canales, desde donde herían á caballos y jinétes con largas lanzas armadas de prolongados pedernales. (4) La configuracion topográfica de la ciudad nos dice, que mientras los castellanos se veían obligados á seguir la calle fir-

(1) Cartas de Relac. pág. 137.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(3) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.

(4) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

me de tierra, los méxica podían acometer los flancos de la columna, ya acudiendo por las calles laterales de tierra ó bien por los canales, conducidos por canoas.

En aquella ocasion, si no fué en dia anterior, los méxica lograron apoderarse del templo mayor, quitando las imágenes puestas por los castellanos y sustituyendo los dioses nacionales, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. (1) Guarnecieron la pirámide con gran copia de guerreros, encastillándose en la plataforma superior, hasta cuatrocientos sacerdotes y nobles con cantidad de víveres: aquella escogida guarnicion, desde dominante altura, disparaba de continuo una granizada de piedras con la honda y flechazos, con lo cual causaba grandes daños á los castellanos dentro de su mismo cuartel. Cuando aflojó el asalto, Cortés envió á su camarero Escobar, con cien hombres, á desalojar los importunos tiradores del teocalli. Llegados al pié de las gradas, los méxica defendieron la subida arrojando piedras, maderas y tizonas, de modo que subidos sólo cuatro escalones por los castellanos, fueron rechazados con pérdida; dos y tres veces renovaron el asalto, aunque siempre con la misma desventaja. Sabido aquel reves por D. Hernando, se hizo atar la rodela al brazo izquierdo, pues tenía lastimados dos dedos de la mano, y puesto al frente de una numerosa hueste de castellanos y aliados, se dirigió al teocalli. Los jinetes eran de poco efecto dentro del atrio inferior, porque estando enlosado el piso con piedras bruñidas y lisas, los caballos resbalaban en las acometidas y caían; los peones limpiaron de guerreros aquel espacio, rodearon la base de la pirámide, y en tanto D. Hernando con los suyos se arrojó á la subida. Abroquelándose, é infundiendo ánimo en los soldados con su ejemplo y sus palabras, comenzó á trepar los ciento y más escalones de la recta escalera; defendíanle el paso arrojándole multitud de proyectiles, mientras los guerreros, anidados donde quiera que lo permitían las obras, disparaban una menuda pedrea y una nube de flechas. Ora avanzando, ora retrocediendo, D. Hernando y los suyos vencieron

(1) Respecto de la imagen, dicen los comentadores de las Cartas de Cortés, nota en la pág. 138: "esta imagen de que habla, fué la misma que hoy se venera en el Santuario de los Remedios, segun algunos, ó la pintada en un Damasco de una bandera, que recogió el Sr. Boturini, y está en la Secretaría del Virreinato, y lo primero es lo más fundado."—Véase acerca de la tradicion de la Virgen de los Remedios ó Conquistadora, á Cabrera, Escudo de armas de México, 1743, lib. II, cap. II.

todas las dificultades, logrando al cabo poner los piés sobre la plataforma superior. Perdida la ventaja de la posicion, al cerrar de cerca con los guerreros azteca, los castellanos habían recobrado todas sus ventajas. Defendieron valientemente sacerdotes y nobles, cayendo unos tras otros sin pedir merced; quienes no quisieron perecer á manos de los blancos, se despeñaron del teocalli abajo, estrellándose contra el suelo del atrio, en donde los peones los remataban: muchos tambien fueron precipitados por los mismos castellanos. "En fin, murieron todos, quinientos indios, como valientes "hombres; y si tuvieran armas iguales más mataran que murieran, "segun el lugar y corazon tenían." (1)

Muertos todos los defensores, D. Hernando puso fuego á las capillas del teocalli; los vencedores recogieron las provisiones allí reunidas, de que mucho habían menester, y los tlaxcalteca y cempoalteca "tuvieron buen dia, porque comieron de los caballeros mexicana "nos muertos." (2) "Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cogido el despojo que les pareció bien, tornáronse á su fuerte, y los indios comenzaron á recoger todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzaron á llevar para enterrar, haciendo gran llanto sobre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron." (3) Repitióse en esta, la matanza del templo ma-

(1) Gomara, Crón. cap. CVIII.—Cartas de Relac. pág. 137--139.—Bernal Díaz, cap. CXXVI.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.—Este último autor menciona un incidente, omitido por completo en los escritores ántes mencionados: dice que los indios se precipitaban del teocalli abajo y que dos guerreros méxica, "se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él, mas como era hombre de buenas fuerzas, desasióse."—Torquemada, lib. IV, cap. LXIX, que en materia de la conquista copia á Herrera, cuando no sigue al P. Sahagun, repite el hecho con las mismas palabras.—En cuanto á Solís, lib. IV, cap. XVI, ya es otra cosa.—"Anduvieron juntos (los dos guerreros azteca), dice, buscando la ocasion; y apenas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar con o fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en el ínterin de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin dificultad, y quedó con méanos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña."—Nada encontramos de improbable en la relacion de Herrera, atormentada y sacada de quicio por Solís; sólo sí, que no la vemos confirmada por Cortés ni por Bernal Díaz. Por otra parte, cuanta loa sea merecida, pertenece á los guerreros méxica, quienes sacrificaban su propia vida, y no á Cortés quien en defensa propia rechazaba el ataque.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXII.

yor; pero ahora, sacerdotes y nobles no fueron asesinados, sino muertos en buena guerra.

El asalto al templo, uno de los hechos personales más bizarros de D. Hernando, puso gran admiración en los indios; la pérdida de la flor de los guerreros, quebrantó de pronto el ánimo de los méxica, y esto, unido á que las familias se ocuparon de las exequias de los muertos, dió por resultado aflojar por todas partes la pelea. Aprovechando Cortés aquellas circunstancias, asomóse al pretil de la azotea como el día anterior, acompañado de Marina, pidiendo hablar con los jefes méxica: cuando éstos se acercaron al muro díjoles: mirad como no podeis ampararos, pues os hacemos mucho daño, matando multitud de vuestros guerreros é incendiado vuestras casas, y así continuaremos hasta no dejar uno de vosotros y destruir por completo la ciudad.—Verdad es, respondieron los méxica, que nos haceis gran daño y matais muchos de los nuestros, pero estamos resueltos á sucumbir todos ó acabar con vosotros. Mirad cuán llenas de gente están calles, plazas y azoteas; si por cada uno de vosotros mueren veinticinco mil de los nuestros, acabareis primero, porque sois pocos; sabed que las calzadas están rotas, excepto una, de manera que no podreis salir sino por el agua, tenéis pocos mantenimientos y careceis de agua dulce, si no logramos mataros, por el hambre perecereis. “Y de verdad que ellos tenían mucha razon, “que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad “de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo.” (1)

Inútil fué la conferencia, mas supose en ella cual era la resolución irrevocable de Cuitlahuac. Aprovechando siempre las circunstancias, los castellanos hicieron una salida durante la noche y tomando descuidados á los méxica, quemaron muchos edificios de los cercanos al cuartel, unas trescientas casas la calle adelante de Tlacopan y se retiraron á la fortaleza cuando los indios acudieron á la defensa. Pasaron el resto de la noche curando á los heridos y reparando los quebrantados tortugines. (2)

Al amanecer del viernes 29 de Junio salió D. Hernando con la mayor parte de la gente, castellanos y aliados, siempre por la calle

(1) Cartas de Relac. pág. 139.

(2) Cartas de Relac. pág. 140.

de Tlacopan; no sin resistencia y con alguna pérdida, se ganaron sucesivamente cuatro fosos, los cuales quedaron cegados con los materiales de las albarradas, las maderas medio destruidas y las piedras de los edificios laterales, quemados y arruinados. Al retirarse al cuartel dejó guarniciones competentes en guarda de todos los puntos conquistados. (1)

Era sábado 30 de Junio y la situación de los blancos empeoraba por momentos. Por repetidas que fueran sus victorias, cada una les costaba muertos y heridos, con lo cual disminuía de una manera alarmante el número de los combatientes útiles, murmuraban los soldados, principalmente los de Narvaez, maldiciendo de Diego Velázquez y de Hernando Cortés, que á tales trances los habían traído; escaseaban las municiones; recibía la gente escasa ración, pues dábase á los aliados una sola tortilla y á los blancos un puñado de maíz; (2) cundía el desaliento en la tropa, con la dificultad de salir de la ciudad, el continuo pelear y tener siempre delante la muerte: (3) en vista de todo ello muchos capitanes y soldados importunaron al general para que abandonase la ciudad. (4) Verdad es que el intrépido caudillo no daba muestras de flaqueza, si bien pesaba toda la gravedad del peligro; así aparentó ceder á los ruegos de sus subordinados, quedando decidido, “que de noche nos fuésemos, cuando “viésemos que los escuadrones de guerreros estuviésemos más descuidados. Estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello había dicho cuatro días “había que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venía no salíamos de México, y si más aguardábamos, que “ningun soldado podría salir con la vida.” (5) Parece que Blas Botello, astrólogo con puntas y ribetes de aliado del diablo, había hecho ciertas predicciones que se verificaron; á esta causa, ó por el influjo ejercido por lo maravilloso sobre la imaginación de los ignorantes, la tropa creía en los dichos del cabalista: el mismo Cortés no

(1) Cartas de Relac. loco cit.

(2) Herrera, déc. II. lib. X, cap. IX.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

(4) Carta del ejército al emperador, apud García Icazbalceta, tom. 1, pág. 429.

(5) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.